

RESENYES

Pere BURKE

Formas de Historia Cultural,
Madrid: Alianza Editorial, 2000

Los avatares de «El Cortesano». Lecturas y lectores de un texto clave del espíritu renacentista,
Barcelona: Editorial Gedisa, 1998

En 1980, Emmanuel Le Roy Ladurie escribía, en una reseña del libro de Richard Cobb, *Promenades*, que Cobb era el historiador más «hexagonal» del Reino Unido¹. Si veinte años después pretendiéramos otorgar de nuevo tal distinción, Peter Burke (Inglaterra, 1937), profesor de Historia Cultural en la Universidad de Cambridge y *Fellow* del Emmanuel College, tendría muchas papeletas para ser el designado.

La producción historiográfica de Burke se sitúa en el contexto de los cambios acaecidos desde finales de los años sesenta y, sobre todo, durante los setenta, en el conjunto de las ciencias sociales. Estos cambios supusieron lo que se ha denominado como un retorno a la mirada etnográfica, que se manifestó en una recuperación del papel del sujeto, del individuo. La historia no quedó al margen de estas transformaciones, produciéndose lo que Fontana denomina un «viraje cultural»². La antropología comenzó a ganar terreno a la sociología

y a la economía como proveedora de utilaje teórico a la historia, propiciando una reacción contra la historia económica y social a favor de una mayor consideración del papel de la cultura.

Burke ha trabajado a lo largo de su obra dos grandes temáticas: la historia cultural (más bien lo que se denomina ahora la «historia cultural de lo social») y algunas reflexiones teóricas e historiográficas. Dentro de la primera tenemos estudios como *La cultura popular en la Europa Moderna* (1991), *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia* (1995) o *Los avatares de «El Cortesano»* (1998). Sus trabajos teóricos e historiográficos son menos numerosos, pero incluyen obras como *Sociología e historia* (1987), *Formas de hacer historia* (1993), *La revolución historiográfica francesa* (1994) o *Formas de historia cultural* (2000).

Las dos obras que aquí reseñamos pertenecen, cada una, a una de las dos grandes temáticas señaladas. *Formas de*

1. LE ROY LADURIE, E., *London Review of Books*, 4 de diciembre de 1980, citado en LE ROY LADURIE, E. (1989): *Entre los historiadores*, Méjico: FCE, p. 320.
2. FONTANA, J. (2000). *La història dels homes*, Barcelona: Crítica, p. 277.

historia cultural recoge una serie de artículos y contribuciones a obras colectivas realizadas por Burke desde finales de los años ochenta, a excepción de un artículo publicado en 1973 en *Annales: E.S.C.*: «L'histoie sociale des rêves». El libro puede ser estructurado en dos partes: los capítulos 1 («Orígenes de la historia cultural»), 3 («La historia como memoria colectiva»), 11 («Relevancia y deficiencias de la historia de las mentalidades») y 12 («Unidad y variedad en la historia cultural»), de carácter teórico e historiográfico, y los capítulos 2 («La historia cultural de los sueños»), 4 («El lenguaje de los gestos en la Italia moderna»), 5 («Las fronteras de lo cómico en la Italia moderna»), 6 («El discreto encanto de Milán: los viajeros ingleses en el siglo XVII»), 7 («Las esferas pública y privada en la Génova de finales del Renacimiento»), 8 («Cultura erudita y cultura popular en la Italia renacentista»), 9 («La caballería en el Nuevo Mundo») y 10 («La traducción de la cultura: el Carnaval en dos o tres mundos»), que son breves estudios que reflejan las posibilidades y debilidades de la historia cultural.

En los capítulos 2 y 12 Burke trata el desarrollo de la historia cultural desde el humanismo renacentista hasta la actualidad. La historia de la lengua, la literatura, el arte y los artistas comenzó su andadura cultivada por unos humanistas deseosos de destacar que representaban el retorno a la grandeza de la cultura clásica frente a la decadencia que le suponían a los tiempos medievales. La historia de la doctrina surgió con la reforma, ya que los reformadores pretendían un retorno al cristianismo primitivo, y con la contrarreforma, que impulsó estudios sobre los cambios en la herejía a lo largo de la historia. Aparecieron, en los siglos XVII y XVIII, historias de las diversas disciplinas: retórica, música, física, astronomía... Pero más interesante es ver como comienza en la edad moderna un interés por la interconexión de todas

estas manifestaciones culturales, lo que dió lugar a las primeras historias de la cultura. Además, en el siglo XVIII, encontramos ya la idea de la existencia de unos modos de pensamiento, de unas formas diferentes de pensar en el tiempo y el espacio (quizá la historia de las mentalidades no sea tan «nouvelle» como a Le Goff le gustaría).

En el siglo XIX, la historia cultural quedaría relegada en el seno de una historia que dará mayor importancia a la política y la diplomacia. A pesar de ello, en 1860 J. Burckhardt publica *La cultura del Renacimiento en Italia*, que, junto a *El otoño de la edad media* (1919) de Huizinga, es la obra más importante de la historia cultural clásica. A este tipo de historia cultural se le ha reprochado no tener en cuenta la sociedad, presuponer una unidad cultural, igualar cultura a cultura erudita... Un intento de superación de esta historia cultural clásica que había sido escrita para y sobre las élites europeas fue la aportación de historiadores marxistas, como R. Williams, E.J. Hobsbawm o E.P. Thompson. Posteriormente vendría la vertiente antropológica de la historia cultural, la que domina actualmente, que supone una ampliación del concepto de cultura (se extiende al conjunto de actitudes y valores de una sociedad determinada: las «representaciones colectivas»), una superación del contraste tradicional entre sociedades con cultura y sin cultura, la influencia de la teoría de la recepción («el énfasis ha pasado del que da al que recibe»), la creencia de que la cultura puede conformar la realidad social...

En el capítulo 11, Burke realiza un intento de definición de la historia de las mentalidades, expone las principales críticas que se le han hecho y recomienda tres propuestas de reformulación: atender a la noción de «interés» aportada por los marxistas, adoptar, con todas las matizaciones posibles, el concepto «kuhniano» de paradig-

ma para explicar el cambio de un sistema de creencias a otro y, por último, prestar atención a las «metáforas», con el objetivo de explicar mejor las diferencias entre mentalidades.

El capítulo 3, «La historia como memoria colectiva», constituye un claro ejemplo de la, a mi modesto entender, aportación más valiosa de los cambios introducidos en la disciplina histórica desde los años setenta, esto es, el hecho de que nos han enseñado a leer mejor, a corregir errores de visión, en este caso a tener en cuenta que ni la memoria refleja lo que ocurrió realmente, ni la historia refleja la memoria, de ahí la importancia de una historia social de la memoria.

El segundo bloque del libro (capítulos 2, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10) constata la fragmentación de la práctica historiográfica desde la irrupción de la antropología y el retorno al sujeto, y que con el advenimiento del «pensamiento débil» del posmodernismo la variedad de temas a tratar se ha multiplicado: los sueños, los gestos, la comididad, la literatura de viajes, la interacción entre la cultura popular y la erudita, la presencia de la novela de caballerías en América o el estudio del carnaval. De todos estos capítulos se desprenden una serie de hipótesis sugestivas, pero que no pueden pasar de esa condición al basarse en fuentes escasas (p. ej. anotaciones sobre sueños de unos cuantos individuos ingleses) y no tener en cuenta, en muchos casos por falta de documentación, a la gran masa de población, centrándose solamente en las élites. Entre estas hipótesis podemos señalar, a modo de ejemplo, el hecho de que en Occidente, desde el siglo XVII hasta el XX, se ha producido un desplazamiento de la mayor importancia de los símbolos públicos a los privados o que existió una tendencia a ir reformando los gestos en

todo Occidente, cada vez más escasos, que tendría más calado en el norte protestante que en el sur católico, etc.

Los avatares de «El Cortesano», se inscribe dentro de lo que podríamos denominar «estudios de la recepción», uno de cuyos cultivadores más importantes es Roger Chartier. Este tipo de estudios son muy importantes para evitar uno de los problemas que había manifestado el cultivo de la historia de las mentalidades en Francia al utilizar un método serial. Este problema, según señala Vaquero Iglesias, consiste en que «el exclusivo análisis de la serie por parte del historiador puede impedirle —o dificultarle— conocer la interpretación o el significado que para los propios actores tiene el hecho seriado». También «el tratamiento serial exclusivo respecto a la producción o circulación de los objetos culturales (obras literarias, doctrinales [...] y obras artísticas) sin tener en cuenta los diferentes modos de apropiación o las diferentes “lecturas” que han podido hacer de sus contenidos los diversos “consumidores”, puede dar como resultado interpretaciones deformantes de los hechos [...]»³.

Il Cortegiano fue escrito por Baldassare Castiglione (1478, Mantua) y publicado por vez primera en 1528. El éxito del libro fue enorme: entre 1528 y 1850 se hicieron 156 ediciones y fue traducido al francés, al castellano, al latín, al alemán, al inglés y al holandés. Lo que hace Burke es estudiar las respuestas que se dieron al libro, tanto dentro como fuera de Italia: cómo fue editado, traducido, imitado, alabado, criticado, prohibido... Ello le sirve para estudiar la difusión del Renacimiento fuera de Italia y para intentar conocer el «sistema de valores» o «imaginario social» de la época. Todo ello con el objetivo de realizar una contribución al conocimiento de «la gradual

3. VAQUERO, J.A. (1995). «Mentalidades e ideologías». En BARROS, C. (ed.), *Historia a debate*, vol. 2, p. 27.

integración de la cultura europea en el transcurso de los siglos» (p. 18).

Burke parte de la idea de que las tradiciones no son recibidas tal como se han transmitido, sino que «se transforman, reinterpretan y reconstruyen sin cesar» (p. 19). Considera que «en un sentido, el proceso constante de reinterpretación y recontextualización erosiona la tradición pero en otro la mantiene, al garantizar que se continúen atendiendo las necesidades de los distintos grupos» (p. 20). *El Cortesano* tiene ese papel de reintérprete y recontextualizador de la tradición, al inscribirse en el contexto de las obras que, desde la época clásica, han ido codificando los valores de una sociedad determinada. Tradición que tiene sus inicios en el mundo clásico con Homero, Aristóteles, Jenofonte, Cicerón, Séneca u Ovidio, se reformula en los inicios del periodo medieval, produciendo obras sobre el buen comportamiento para uso del clero, como *De officiis clericorum* de San Ambrosio, y se reseculariza a partir del siglo XII con las «chansons de geste» y la «novela cortés». La obra de Castiglione recogerá todos estos valores del comportamiento refinado heredados de la antigüedad y la edad media y los fundirá en un magnífico diálogo entre varios personajes situado en la corte de Urbino en 1507.

Resulta curioso el hecho de que uno de los libros más importantes del humanismo renacentista, que se justificaba por su recuperación del esplendor de la cultura clásica frente a la «oscuridad» medieval, no sólo no reniegue de la herencia del medievo, sino que incorpore sus valores de «caballerosidad», «cortesía» o «civildad» como ideales del «perfecto cortesano».

En el capítulo 3, Burke estudia las reacciones a *El Cortesano* en Italia. El éxito del libro en Italia fue inmediato y se hicieron unas 59 ediciones desde 1528 a 1600. El estudio de las diferentes ediciones del libro revela como el significa-

do de éste varió de manera sustancial, debido a que se perdió su forma dialógica abierta al añadirse al cabo de poco tiempo en casi todas las ediciones «marginalia», índices, índices temáticos y resúmenes finales, convirtiendo la obra de Castiglione en poco más que un «libro de recetas» sobre las reglas que debían cumplir los cortesanos y las cortesanas de la época. Para explicar el éxito del libro en Italia, Burke señala que muchas personas de clase alta podían identificarse con las características señaladas en el diálogo, además, los personajes eran de todas partes de Italia y, añade, muchas mujeres instruidas debieron sentirse atraídas por el libro, ya que les otorgaba un papel que iba más allá del de «madre, hija o esposa» (p. 68).

En el capítulo 4, se analizan las traducciones del texto, centrándose en el estudio de como se difundió en otros países, realizando una descripción de las personas que lo poseyeron y estudiando la traducción de las palabras más importantes (como *grazia* y *sprezzatura*) y las anotaciones al margen realizadas por los lectores en sus ejemplares, con el objetivo de averiguar qué consideraban más importante.

Mucho más interesantes y reveladoras son los capítulos 5, 6 y 7, dedicados a las imitaciones y críticas a *El Cortesano*. El libro fue modelo para muchas obras posteriores que imitaron su forma de diálogo entre varios personajes para describir sobre la forma ideal de comportamiento de los médicos, sobre la educación (como el *Schoolmaster* de Roger Ascham) o sobre los profesores y estudiantes ideales en la universidad (como el *Scholástico* de Cristóbal de Villalón). La comparación entre las diferentes imitaciones del diálogo en diversos países es muy reveladora de las diferencias culturales existentes. Un ejemplo claro es *El cortesano polaco* de Lucas Górnicki, una «transposición» de la obra de Castiglione, en la que se omiten temas

como la pintura, la escultura o la música, aclarando el autor que lo hace porque «aquí no sabemos nada de eso» (p. 110). Otro elemento importante es la desaparición de las mujeres, ya que el autor polaco consideraba que no «eran lo suficientemente cultivadas para participar en este tipo de discusiones» (p. 110).

El libro fue criticado tanto por la Iglesia católica como por la reforma. Los católicos hicieron figurar la obra dentro del *Index* de libros prohibidos y exigieron la publicación de ediciones «expurgadas», debido principalmente a que creían observar comentarios anticlericales y referencias veladas al paganismo. Entre los protestantes, los principales críticos fueron los calvinistas quienes, en virtud del surgimiento de lo que se ha denominado la «cultura de la sinceridad» a finales del siglo XVI, criticaban la «cultura de la actuación», acentuaban «los sentimientos a expensas de las "meras" formas exteriores, rituales y actuaciones [...]» (p. 128). La crítica vino también desde las filas seculares, como una crítica a las cortes y a Italia por parte de la Europa del norte. En el siglo XVII la crítica secular tuvo que ver sobre todo con el advenimiento del absolutismo, momento

en que los monarcas en virtud de su poder «absoluto» rechazaban el consejo de la nobleza, por lo que hacer carrera en la corte requería un nuevo modelo de comportamiento, menos directo, más sibilino, que nuevas obras se encargarían de describir.

Finalmente, en el último capítulo, Burke realiza un recorrido por la geografía y la sociología de la recepción, esto es, sitúa las ciudades en las que el libro se editó y los países en los que se leyó y describe el tipo de lectores que tuvo: en su mayoría varones y pertenecientes a la nobleza, aunque también encontramos militares, banqueros, libreros, profesores universitarios, músicos, artistas, escritores...

La conclusión es que nos encontramos ante dos útiles obras de un refinado historiador, partidario de incorporar al estudio de la historia las nuevas tendencias de los últimos años, pero siempre de una manera crítica. Las hipótesis históricas de ambos libros no pasan de ser meramente sugestivas, pero su utilidad reside sobre todo en las propuestas metodológicas que presentan.

Pere Ribas i Rabassa

Universitat Autònoma de Barcelona

JOAQUIM MARIA PUIGVERT (ed.),

Bisbes, Il·lustració i jansenisme a la Catalunya del segle XVIII,

Vic/Girona, Eumo editorial, 2000. 182 pàgines. Autors: Joan Bada, Emilio La Parra, Ernest Lluch, Josep Maria Marquès i Joaquim Maria Puigvert.

MONTSERRAT JIMÉNEZ SUREDA,

L'Església catalana sota la monarquia dels Borbons. La Catedral de Girona al segle XVIII.

Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat/Ajuntament de Girona, 1998. 599 pàgines.

Sovint sembla que el moviment il·lustrat esdevé l'autèntic *leitmotiv* del segle XVIII, però hom àdhuc obliga que el set-cents encara és un món d'hegemonia de la institució eclesiàstica. Sens dubte,

l'Església i la monarquia són dos puntals bàsics per aproximarse a aquesta centúria. En aquest sentit, hem d'entendre l'enclosió d'assajos en aquest camp de la historiografia, centrat aquí en un espai